

VIÑAS, Ángel (dir.): *Al servicio de la República. Diplomáticos y guerra civil.* Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, Marcial Pons Historia, 2010.

La realización de esta obra colectiva dirigida por Ángel Viñas se vio impulsada por la voluntad de reconocer la labor realizada por los «miembros del servicio exterior de España que permanecieron fieles a la legalidad constitucional durante la guerra civil», a cuya memoria está dedicada. La iniciativa partió del ministro de Asuntos Exteriores y Cooperación, Miguel Ángel Moratinos, quien presidió un homenaje en su honor el 2 de diciembre de 2009, en uno de cuyos actos se expusieron siete de los capítulos que conforman este libro.

A través de sus páginas, los autores, todos ellos reconocidos especialistas en la guerra civil, nos muestran los principales problemas a los que tuvo que hacer frente la política exterior de la República durante el conflicto, así como su respuesta frente a los mismos y la estrategia exterior que adoptó en consecuencia. Se trata de cuestiones de las que empieza a ocuparse la historiografía, pero que hasta ahora apenas habían sido abordadas, habiéndose centrado los estudios, según señala Aróstegui, en los procesos de depuración de los cuerpos estatales llevados a cabo por uno y otro bando (p. 34).

El primero de esos problemas, y que tendría graves consecuencias para la política exterior republicana, fue la defección de cerca del 90% del cuerpo diplomático, 85% en el primer año de la guerra, de acuerdo con Viñas (p. 268). Esto implicó que, en los primeros momentos tras la sublevación, la República se quedara prácticamente sin representación exterior, pues, además, muchos diplomáticos comenzaron a colaborar con los sublevados antes de abandonar su puesto, lo cual permitió, entre otras cosas, que estos últimos obtuvieran información sobre las

actividades desplegadas por el Gobierno para hacer frente al levantamiento.

Ante el rápido proceso de defecciones el Gobierno promulgó un decreto el 21 de agosto de 1936, por el cual disolvía la carrera diplomática, los funcionarios que quisieran reingresar en la «nueva carrera», cuya constitución preveía el decreto, tendrían que solicitarlo y rellenar un cuestionario mostrando su adhesión al régimen republicano. La nueva carrera estaría compuesta por aquellos miembros del servicio exterior que se hubieran mantenido leales a la República y por quienes el Gobierno decidiera designar libremente. Para los nuevos nombramientos el Gobierno acudió, en muchos casos, a políticos e intelectuales destacados, sobre todo para los cargos más importantes.

La creación de la nueva carrera diplomática permitió a la República mantener una activa política exterior casi hasta el final de la guerra (el Ministerio de Estado siguió funcionando hasta febrero de 1939), aun así, ésta adolecía de ciertos problemas. En primer lugar estaba la carencia de personal, tanto en las representaciones en el exterior, como en el propio Ministerio de Estado. Aunque la República pudo cubrir las plazas que resultaban fundamentales, el cuerpo diplomático pasó de unos 390 miembros antes de la guerra a una media de 260 (p. 327). Además, muchos de los nuevos integrantes del servicio exterior no eran diplomáticos, ni tenían experiencia en este ámbito y no todos supieron adaptarse igual de bien. Todo ello sin contar con los roces que se produjeron entre los diplomáticos de carrera y los nuevos miembros del servicio o los casos de doble juego y espionaje.

Por otra parte, y a pesar de los esfuerzos que se hicieron por reorganizar el Ministerio de Estado y hacer más eficiente su funcionamiento, parece que las deficiencias administrativas y organizativas no llegaron a superarse, los diplomáticos se quejaban de la falta de instrucciones y todo parece indicar que podría haberse

aprovechado mejor la información que enviaban.

El otro gran problema al que tuvo que hacer frente la política exterior republicana, y en el que los autores ponen bastante hincapié, fue un ambiente internacional hostil. Mientras que los sublevados recibieron el apoyo de las potencias del Eje, los republicanos se encontraron prácticamente solos, a causa de lo que los autores llaman la «retracción» de las democracias occidentales, que se refugiaron en la no intervención. Los únicos países que apoyaron a la República fueron México, Abdón Mateos dedica un capítulo al embajador de España en ese país, y la Unión Soviética, caso del que nos habla Ángel Viñas. Sin embargo, la ayuda que éstos podían brindar no era ni remotamente equiparable a la que recibía Franco de Alemania e Italia.

La «retracción» de las democracias queda reflejada en los capítulos centrales, que se ocupan de la labor desplegada por los diplomáticos republicanos en algunas embajadas representativas por su importancia en la estrategia exterior de la República. Fue Francia, según explica Ricardo Miralles, quien propuso la política de no intervención. Al parecer esta decisión se debió en buena medida a la advertencia británica de que el apoyo a la causa republicana podía desatar una guerra en Europa, a la que no deseaban dejarse arrastrar. El Gobierno francés estaba dividido y no estaba dispuesto a actuar sin la seguridad de que Gran Bretaña los respaldaría en caso de guerra. Francia no aplicó la no intervención a rajatabla, pero «no proporcionó sino un socorro insuficiente decepcionando las esperanzas republicanas» (p. 152). Por su parte, Enrique Moradiellos explica que la actitud de Gran Bretaña obedeció a la política de apaciguamiento de las potencias fascistas adoptada por el Gobierno conservador británico, el cual deseaba evitar una nueva guerra para la que no se sentía preparado. Además temía la instauración de un gobierno comunista en

España y el apoyo de la Unión Soviética a la República no hacía sino reforzar ese temor. Estados Unidos siguió la política de Gran Bretaña y Francia y suscribió también la no intervención; de acuerdo con Soledad Fox, al Gobierno estadounidense le preocupaban el voto católico, las agresiones contra la propiedad privada en territorio republicano y no empeorar sus relaciones con Alemania e Italia. También Checoslovaquia, caso del que nos habla Matilde Eiroa, adoptó una postura de no intervención, pues sus relaciones con Francia y Gran Bretaña le eran fundamentales, aunque en la práctica brindó cierto apoyo a los republicanos. Suiza, sin embargo, adoptó una postura neutral, pero prohibió la venta de armas a España, de modo que el resultado era más o menos el mismo que con la no intervención. En cualquier caso, Elena Rodríguez Ballano señala que el Gobierno suizo era proclive a los sublevados, en parte por razones económicas.

Por otra parte, la República también tuvo que afrontar la hostilidad de los medios financieros británicos. Ángel Viñas ofrece una primera aproximación a esta cuestión, pero señala que aún queda mucho por investigar. Se ocupa en concreto del caso del British Overseas Bank, que ejercía el servicio de Tesorería del Estado en el extranjero y que en abril de 1938 suspendió su servicio, paralizando los pagos de los diplomáticos y el dinero para los gastos de mantenimiento de las representaciones.

Ante este panorama internacional, la estrategia exterior del Gobierno consistió en combatir la política de no intervención, mostrando que no era respetada por las potencias del Eje y señalando los peligros que para las potencias democráticas, especialmente para Francia y Gran Bretaña, podía representar el establecimiento de un gobierno fascista en España. Así mismo, los diplomáticos republicanos se pusieron a la tarea de conseguir armas, tanto por la vía legal como de manera clandestina, y se creó un Servicio de Información Diplomática

Especial. Fue la falta de respuesta por parte de las democracias lo que condujo, de acuerdo con Viñas, a estrechar relaciones con la Unión Soviética.

Gracias a su labor, los diplomáticos de la República lograron la simpatía y apoyo (ayuda humanitaria, voluntarios...) de una parte importante de la opinión pública internacional, pero no lograron modificar la actitud de los gobiernos. A pesar de las deficiencias que pudo presentar la diplomacia republicana y particularmente el Ministerio de Estado, Viñas concluye que «los factores y constreñimientos externos que impactaron sobre la República en guerra fueron siempre infinitamente más duros, correosos y, a la postre, indesmontables que lo que jamás hubiese estado en condiciones de salvar la mejor, la más excelsa, la más motivada y la más eficiente estrategia exterior» (p. 423).

María Constanza Apodaca del Hoyo